

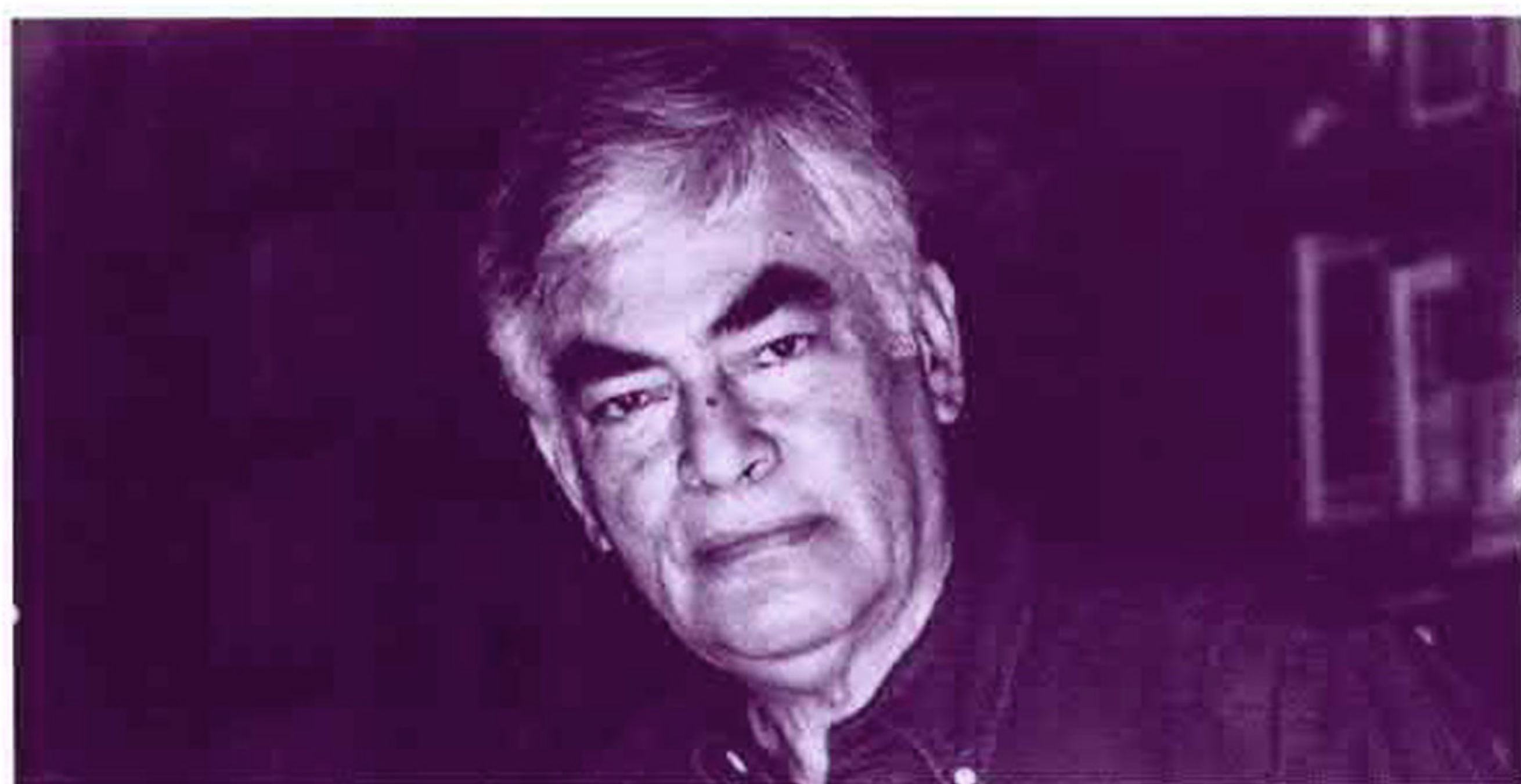
colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

De Quijotes y Dulcineas

Marco Aurelio Carballo

PRÓLOGO DE VÍCTOR MANUEL CAMPOSECO





Fotografía del autor: Dasha Horita.

Marco Aurelio Carballo (20 de septiembre de 1942) es originario de Tapachula, Chiapas. Estudió tres años en la Facultad de Economía de la UNAM. En la actualidad es colaborador de los semanarios *Siempre!* y *Punto y Aparte* de Xalapa; de las revistas mensuales *El Búho* y *Gente Sur*, y de los diarios *La Prensa*, del Distrito Federal; *Diario del Sur*, de Tapachula, Chiapas, y de *El Heraldito de Chiapas*, de Tuxtla Gutiérrez, así como de la revista electrónica *Este Sur*.

En su producción literaria destacan cinco libros de relatos y ocho novelas: *Polvos ardientes de la Segunda Calle* (1990), *Crónica de novela* (1992), *Mujeriego* (1996), *Vida real del artista inútil* (1999), *Muñequita de barrio* (1999), *Diario de un amor intenso* (2000), *Morir de periodismo* (2008) y *Últimas Noticias* (2010). Con la publicación de *Novios en la barra y otras miniturbo crónicas* (2003), así como de *Mamá estaba loca y otras turbocrónicas* (2004) y de *Soconusquenses. Crónicas y semblanzas* (2008), Carballo proyecta publicar acaso hasta seis tomos de crónicas.

Recibió el Premio Chiapas de Literatura Rosario Castellanos 1994, el Premio Nacional de Periodismo y de Información en el género de Entrevista 1997-1998, el Premio Nacional de Periodismo José Pagés Llergo 1998 en el género de Crónica y el Premio Nacional de Novela Luis Arturo Ramos 2010.

Rafael Solana	145
Luis Spota	155
Eraclio Zepeda	165

PINTORES

José Luis Cuevas	175
Rufino Tamayo	186

MÚSICO

Rodolfo Halffter	195
----------------------------	-----

PERIODISTAS

Pepe Alameda	207
Carlo Coccioli	214
Pedro Ferriz Santacruz	221
Rafael Freyre	231
Nikito Nipongo	242
Rius	251

PERSONAJE

El Quijote	261
----------------------	-----

Prólogo

De *Quijotes y Dulcineas*, del escritor chiapaneco Marco Aurelio Carballo (MAC), reúne algunas de las decenas de entrevistas que ha hecho a lo largo de su fructífera carrera periodística. Autor de novelas y relatos, Carballo ha logrado fundir en estas entrevistas su destreza narrativa y su habilidad de periodista que todo lo observa y es capaz de formular las preguntas más pertinentes, según el personaje que tiene enfrente. El resultado son textos polivalentes de singular significado periodístico y literario. Con base en preguntas directas sólo aparentemente sencillas, el autor abre las puertas al verdadero carácter que todo personaje célebre suele mantener cerradas frente a un periodista. MAC consigue que sus entrevistados desvelen aspectos de su psicología que quedarían ocultos en manos de un periodista menos hábil. Ya el lector detectará cómo, gracias a la estrategia del periodista, algunos de sus entrevistados se desbordan frente a su entrevistador con un discurso prefabricado, que a fin de cuentas los muestra tal y como son. A menudo es en el subtexto donde está el verdadero contenido de la entrevista, no en lo que creyó declararle la celebridad del caso. Eso no lo consigue un escritor y periodista raso, por mucha osadía que quiera demostrar frente a su entrevistado y su jefe de redacción.

En la mayoría de los trabajos que componen esta antología se recrea, a veces con gran detalle pero siempre con habilidad literaria, el espacio físico, el ambiente que rodea a los personajes, sus amistades, los dichos, los gestos, el "sonido ambiental" y todo aquello que ayuda al lector a sentirse como testigo de aquellos

diálogos. Parece que estuvimos allí en el momento en que se realizó la entrevista. La estructura literaria, la gran capacidad de observación y un lenguaje directo y eficiente hacen toda la magia. Los textos son esencialmente literatura que tienen como centro anecdótico, como pretexto casi, una entrevista y la revelación de una personalidad a menudo inesperada para quienes tenemos una imagen preestablecida de ciertos "nombres" célebres: Juan Gabriel, Pedro Ferriz Santacruz, Rodolfo Halffter, René Avilés Fabila, Juan Orol. El trabajo sobre Silverio Pérez, por ejemplo, nos permite atestiguar la sencillez con que reconocía su miedo frente a los toros quien ha sido quizá la figura más grande del toreo de México y cómo su situación privilegiada no lo diferenciaba demasiado frente a los demás, a pesar de que también era servidor público. En este sentido, el texto de Carballo, sin deslizar opinión alguna, simplemente muestra cómo eran ciertos aspectos de la vida de nuestro país hace unos años. Ya el lector juzgará por sí mismo. El trabajo sobre El Quijote, de naturaleza creativa necesariamente, es mucho más que un hipotético y sencillo diálogo con el personaje de la novela: se hace crítica política, y muestra también situaciones y aspectos del periodismo desconocidos para el ciudadano de a pie, diría Carballo, y que sólo se conocen en las salas de redacción y el ambiente rigurosamente periodístico. Ya hemos dicho que esta antología es polivalente. *De Quijotes y Dulcineas* recopila ejemplos paradigmáticos de lo que Tom Wolfe bautizó a principios de los años sesenta como *nuevo periodismo*. Algunos textos son piezas perfectas de este género. La entrevista a María Félix es una de ellas. A pesar de la vastísima experiencia que la célebre actriz mexicana tenía con la prensa nacional e internacional, Carballo logró lo que nadie o muy pocos habrán conseguido: mostrar a la mujer en su papel de no-diva, no-celebridad mundial, saturada de pedantísimos afeites histriónicos como solía presentarse frente a los medios. Al llegar a la última frase nos quedamos con la impresión de que hemos leído un texto literario. Hay entrevistas, las tenemos que llamar así, que tienen interrogante y ¡desenlace!

Sin abandonar los datos duros de la realidad cotidiana, el llamado nuevo periodismo (ya no tan nuevo) ha evolucionado con los usos y los intereses de cada época y sociedad hacia un modelo que en rigor es un nuevo género literario y que hoy conocemos como literatura de no-ficción. Sus inicios se pueden rastrear en el siglo XVIII. En todo caso, a este nuevo género también suele llamársele literatura periodística o periodismo literario, porque borra las fronteras entre literatura y periodismo. Sin dejar de lado su naturaleza periodística original, el reportaje, por sus méritos estilísticos, narrativos y estructurales, es claramente literatura. No es un híbrido: utiliza el lenguaje literario, toma la anécdota principal de la veta de la vida real y no de la imaginación creadora del artista —por eso es no-ficción—, y utiliza estrategias narrativas propias de la literatura para la realización del texto. En el mundo anglosajón enfatizan su carácter literario al llamarlo literatura creativa de no-ficción (*creative non fiction literature*). La literatura de no-ficción ha cobrado tal importancia que se le considera un cuarto género literario, además de los modelos clásicos: la poesía, la prosa y el drama. Contra lo que sucede en otras partes del mundo, lamentablemente nuestras universidades no ofrecen todavía programas en esta materia y los medios impresos no lo cultivan. No obstante que la realidad cotidiana de Latinoamérica es una colección, a veces interminable y hasta atroz, de hechos que merecerían trascender las páginas de la nota roja o la primera plana de los periódicos y quedar también en las páginas de nuestra literatura. El modelo anglosajón por excelencia de literatura de no-ficción sería *A sangre fría* (1965), de Truman Capote (quien dijo haber inventado el género). Del nuevo periodismo podríamos mencionar a esa obra maestra que es *Frank Sinatra está resfriado* (1966), de Gay Talese, entre otros.

Creemos que, con todo y ser un género que tan felizmente reúne la realidad con la creación literaria, hasta hoy tampoco ha despertado el suficiente interés de los investigadores e inclusive de los autores. No obstante haber ejemplos de excelencia, como en Ricardo Garibay y su pequeña obra maestra *Las glorias*

del gran Púas (1972); en Argentina, *Operación masacre*, de Rodolfo Walsh (1957); en Perú, *Historia de Mayta* (1984), de Mario Vargas Llosa, y en Colombia, *Relato de un naufrago* (1970), de Gabriel García Márquez, entre otros ejemplos, claro. En este sentido, *De Quijotes y Dulcineas*, de Marco Aurelio Carballo, se suma por méritos propios a la escasa e indispensable lista de obras de no-ficción escritas originalmente en nuestra lengua. Pero Carballo le da otra vuelta de tuerca al género: utiliza la tantas veces frívola entrevista de personalidad para producir textos de gran calidad literaria. Un material que en otras manos sería deleznable, nuestro autor lo convierte en literatura.

Quizá porque la entrevista es anterior al periodismo (es lo primero que registra la escritura cuneiforme en Mesopotamia), aunque parezca una paradoja o al menos una curiosidad, el género tiene gran atractivo para los lectores y es una vía favorita entre las celebridades para comunicarse con su público. Oriana Fallaci (1929-2006) es la figura indispensable entre todos y todas de quienes han cultivado el género. En nuestro país la entrevista también se ha practicado mucho y meritoriamente por mujeres y hombres, Elena Poniatowska quizá sea el caso más emblemático entre las mujeres y Emmanuel Carballo, desde hace más de medio siglo, es el autor de las mejores entrevistas literarias (sin vínculo sanguíneo con el autor de esta obra). El caso es que Marco Aurelio Carballo pertenece a esta estirpe de periodistas, pero tiene un mérito adicional, cuando menos en la entrevista no-literaria: no se ha conformado solamente con formular preguntas y apuntar uno que otro dato "de color" junto a las respuestas de sus entrevistados. Su caso es singular. Quien esto escribe no puede documentar otro caso como el presente; puede haberlo, pero lo desconocemos. Lo que es perfectamente demostrable, frente a los cientos de entrevistas que cotidianamente se les hacen o hicieron a las celebridades que desfilan por las páginas de *De Quijotes y Dulcineas*, es que en las entrevistas de Carballo hay una clara intención de borrar la frontera entre periodismo y literatura. Marco Aurelio es un escritor creativo y no se limita a hacer preguntas y registrar las respuestas, como

si el encuentro con sus entrevistados ocurriera en una campaña de laboratorio; el autor nos relata hechos en relación con la entrevista, da cuenta y razón de sus compañeros de trabajo en el momento de hacer su labor, de lo que sucede en la redacción, y de todo lo que ocurre y rodea al personaje y el ambiente en que se encuentra con el entrevistado. Carballo reproduce el cuestionario, naturalmente, pero a la hora de escribir dota a sus entrevistas de estructura y lenguaje literarios: hace literatura. Sin perjuicio de la entrevista propiamente dicha, en *De Quijotes y Dulcineas* lo demuestra muy bien y ampliamente.

Lo usual, lo cotidiano, lo que de ordinario sucede en los medios es festinar —merecidamente—, pero como un fin en sí mismo, que se ha entrevistado a fulanita o fulanito, célebres personajes. El texto se cae como arena entre los dedos, lo que queda en las páginas del caso son preguntas y respuestas predecibles que caducan al terminar la lectura; leímos un discurso conocido, lugares comunes, frases “atrevidas” o “escandalosas” que sólo confirman lo que ya se sospechaba. Pocas veces nos encontramos con una confesión honesta, conmovedora o una frase memorable o reveladora. Poniatowska y Emmanuel Carballo lo conseguían frecuentemente. Lo que todavía es más inusual es que podamos leer una entrevista, como en el caso de Marco Aurelio, como se lee un texto literario. Con esas estrategias narrativas, con esos recursos literarios, con ese valor adicional, infrecuente, de haber leído un texto literario. Nos queda al final un magnífico sabor de boca. La celebridad dijo sus cosas, el periodista hizo su trabajo, pero a fin de cuentas todo quedó en manos del autor y el producto final excedió para bien los límites de la entrevista y el periodismo. En esto reside la importancia de una antología como la que el lector tiene en sus manos: el caso de Marco Aurelio Carballo es muy escaso y hasta diríamos que único, cuando menos en México. Aquí la estrella también es el escritor.

Víctor Manuel Camposeco

Introducción

Espero que este libro sirva lo mismo a estudiantes de periodismo que al lector en general, porque sin duda en la variedad de personajes encontrarán a muchos sobre los cuales han deseado saber un poco más de lo que se lee en las escuetas notas periodísticas. El propósito que me animó a agrupar estas entrevistas en un libro fue el rescate de las opiniones sobre el arte y la vida de 28 personajes, artistas de la farándula, escritores, pintores, músicos, periodistas y guerreros. Tardé poco en descubrir que entre los escogidos no hay políticos, y me temo que sean sólo unos cuantos los que figuran en otros libros de características similares. Por algo debe ser.

En lo personal nunca me sentí a gusto entrevistándolos no sólo debido al lenguaje insustancial que emplean, sino también porque la mayor parte de las veces actúan con la reticencia de los artistas. No por vedetismo, estoy seguro, sino porque hacen declaraciones de acuerdo con sus personales intereses que no son los del ciudadano raso. Algunos de mis entrevistados pasaron ya a mejor vida, pero son figuras que siguen vigentes porque su obra es perdurable. En algunos casos no quedé satisfecho en el intento de hacer una entrevista totalizadora porque lo oportuno era hablar sobre determinado tema o porque el tiempo jugaba en contra del reportero. De igual forma es obvio que las entrevistas que hice para un diario como *Excélsior* (Julio Cortázar, Jorge Ibargüengoitia y Gabriel García Márquez) tienen un formato distinto a las que hice para el semanario *Siempre!*

Marco Aurelio Carballo

ARTISTAS

—No, no. Ahora no. Me gustaría ponerme mi traje de jugadora de tenis y entonces sí.

—Ah.

—Mi canción favorita es “La feria de las flores” —contesta por fin Lola, y la tararea y la canta “Y aquí vine porque vine a la feria de las flores...”

—*¿Es de izquierda o derecha?* —pregunta el reportero, recordando su negativa de ir a Cuba “por compromisos”.

Lola no lo piensa dos veces:

—No hablaré si no está mi abogado presente.

Ramuá suelta una carcajada. El fotoperiodista Joaquín Olivares aplaude como foca. Don Pato (el jefe de piso de las entrevistas) ríe alegre con su pequeña barriga. Chuchín Rodríguez, que ha llegado a reforzar con su cámara a Olivares, meneaba la cabeza satisfecho.

—*¿Cómo ve el asunto de Juan Gabriel?*

Lola se pone seria. Es madrina de Juan Gabriel. Él la reconoce como su protectora, su amiga, acaso la sucesora de su madre muerta ya.

—No hemos hablado de eso. Me dolería mucho que lo hubiera dicho (que México se anexara a Estados Unidos). Juan Gabriel es un niño. Es una persona extraordinaria.

—Lo que pasa es que si dijo lo que dicen que dijo se armó el escándalo porque es Juan Gabriel —tercia Gloria Chávez—. Yo he escuchado a muchas personas decir que México debiera pertenecer a Estados Unidos. Habría que hablar con Juanga para que diga si dijo lo que dicen que dijo, tras su nombramiento de Mr. Amigo en Brownsville, Texas.

—*Señora, le he preguntado cosas para que revele su vida interior. He conseguido algunas respuestas, pero he fallado con otras. ¿Por qué?*

—Es cierto, yo tengo una vida interior —dice sonriendo—. Me la reservo. La gente tiene una idea formada de mí. No quiero contradecirla. Quisiera que la gente guardara la imagen que se ha hecho de mí hasta ahora. Ésa es la razón.

María Félix

Jueves 2 de mayo de 1985, once de la mañana. El director acaba de aprobarme la entrevista con María Félix (Álamos, Sonora, 1914-D.F., 2002). Le he dicho que en cuanto consiga el número del teléfono hablaré con La Doña. El director me hace una seña de calma. Está pensando, está recordando. "5 - 65...", dice. Busco aprisa un lápiz. Falta que me diga: "No repito", pero me lo repetirá tres veces. "¡Qué memoria!", digo. Me explica que María Félix vive a un lado de su casa. Por lo tanto, la diferencia entre el teléfono de La Doña y el suyo es de dos guarismos.

Jueves 2 de mayo, una de la tarde. Marco el número. Pregunto si está ella. Una voz femenina pregunta de parte de quién. Contesto y menciono el motivo de mi llamada. Pero aquella voz me resuena en el cerebro. Aquella voz es de María Félix. No podía ser de otra persona. ¡Ella ha contestado el teléfono! Antes de que María Félix me diga que no está María Félix, la llamo por su nombre. Digo que el director le envía saludos y que yo le solicito una entrevista para *Siempre!* No cree que haya problema, dice. "Ya estuvo", pienso optimista. Pero está a punto de salir a Nueva York. Pregunto cuándo volverá. En ocho o diez días, pero... Que le llame el sábado próximo por si *no* sale del país. De pasada, como quien no quiere la cosa, me dice que debiéramos hacer algo con la exposición de su amigo el pintor francés Antoine Tzapoff. "Ya publicamos fotos de sus cuadros en el pliego de color de la revista", respondo, y fui yo justamente el que..." Me interrumpe para informar que hay una pintura nueva

que no se incluyó y que sería bueno publicarla. Le ofrezco una docena de fotografías. Quedamos en que le hablaré el sábado 4.

Jueves 2 de mayo, tres de la tarde. Kojak resuelve viajar de Tapachula al D.F. para hacerse un chequeo. Ha subido algunos kilos de peso. No es para menos, acaba de zamparse media docena de casquitos (tortugas de medio pelo). Observa deprimido el fiel de la báscula, 100 kilos, y eso que se afeita la cabeza a rape.

Domingo 5 de mayo. Comienzo a marcar el teléfono de María Félix desde las 12 meridiano. Olvidé hablar ayer. ¿Qué clase de reportero soy? Por fin, una voz femenina me dice que va a preguntar si está La Doña. ¿Era o no era María Félix la que contestó? No lo creo. La misma voz me dice que hable a las dos de la tarde. Pongo el despertador. No vaya a ser que... Marco de nuevo. La misma voz me pide que aguarde, y ahí está La Doña.

No es María Félix. Es La Doña. Es doña Bárbara, a la que están habituados periodistas y público en general, admiradores o no. Habla fuerte y modula como sólo ella sabe hacerlo, empleando la lengua con la que toma las palabras, las levanta, las moldea y las arroja sobre su interlocutor. Es la María Félix que estoy habituado a ver y a oír en la televisión. Ahí la han entrevistado dos o tres veces en los últimos años. Una María Félix que vitupera a los periodistas.

—Me mandan cada ejemplar —dice—. Llegan caminando en dos, debieran venir en cuatro, lo cual sería más cómodo para ellos.

Los acusa de inventar, de darle al público lector una imagen que no es la de ella.

—Lo peor *no* es que le inventen cosas a una —aclara—, sino que me presenten como a una cretina. ¡Puedo cometer muchos errores y tener muchos defectos! Pero cretina no soy.

Trato de capotear la andanada. Digo, sugiero, balbuceo. Ni modo de decirle que yo qué. Decirle que estoy cumpliendo con mi deber. Decirle que le voy a hacer la mejor entrevista de su vida. Decirle que mi interés es desinteresado... Que no tengo

nada que ver con la Doña. Que estuve enamorado de muchas actrices (la Bardot, la Loren, la Cardinale, la Prado, la Arenas), pero no de ella. Doña Bárbara se me escapó en los matinés de la costa de la selva porque sólo veía películas de vaqueros. Claro, un día vi la foto de La Doña, sentada en un taburete y vestida de blanco hasta el huesito, donde principiaban unas botas enormes, matavíboras, y me impresionó su fresca belleza, su rostro moreno y alargado de nariz perfecta y de ojos tremendos, que nunca más vi en películas sucesivas. Como aquella con Pedrito Infante o aquella, la francesa, *Los héroes están fatigados*, con Ives Montand, que vi porque la propaganda aseguraba que María Félix salía desnuda, pero la contrapropaganda, los aguafiestas, sostenían que la estrella había sido doblada porque sus pechos ya no sé qué. Bueno, yo tenía entonces 16 años.

Lo cierto es que después de ella ¿quién?

La Doña suaviza el tono en cierto momento. Está dispuesta a dar la entrevista, dice, porque es *Siempre!* y porque José Pagés Llergo, a quien admira y quiere, no enviaría a cualquiera a entrevistarla. Pero ¿quién soy yo? ¿Qué hago en la revista? ¿Quién me... ?

—¿De qué quiere que hablemos? —pregunta—. ¿De qué hablaremos?

Le digo, procurando no ser rudo, que no suelo llegar a las entrevistas con un cuestionario previo. Me interrumpe para decirme que llegar con un cuestionario previo sería demasiado rústico, primitivo, que no es eso lo que ella pide. Podríamos pensar en algunos temas y desarrollarlos, sugiero, y dejar que el curso de la entrevista...

—Estoy cansada de periodistas que improvisan. Llegan y preguntan puras sandeces.

—*Podemos hablar del amor —lanzo el anzuelo—. De la vida.*

—¿Del amor? —pregunta a su vez—. ¿Hablar de mis maridos, de mis hombres? Decir que han tratado de someterme, de subyugarme, pero que no *han podido*. Sería tanto como faltarles al respeto.

—*Podríamos hablar del cine.*

—¿Del cine mexicano? —pregunta casi a gritos—. ¿Hablar del cine mexicano y darle de palos? No quiero.

—*Del cine que le guste —digo con cautela—. Del cine francés...*

—¿Del cine francés? —grita de nuevo—. ¿Por qué del cine francés? Me gusta el buen cine y punto.

No doy una, caray. De pronto reparo en que, de hecho, estamos ya en la entrevista. Se lo hago notar. Creo que ríe. Ella quiere otra cosa. La Doña quisiera algo grande, extraordinario, magnificente. Algo que haga estremecer de emoción y hasta el tuétano a ochenta millones de admiradores suyos en este país y a otros tantos en el mundo. Algo que está fuera del alcance de este reporterito sin creatividad.

—Hábleme el lunes —el tono es ya afable—. Nada le cuesta. Me ha estado hablando y yo le he estado contestando. “Carballo, de *Siempre!*”, dice y yo le contesto.

Desde luego acepto. Ni modo que me ponga los moños. Balbuceo que nada me cuesta hablarle. Hablaré el lunes y si el lunes me dice que hable el martes hablo el martes y si el martes...

—Hágalo —su voz suena cariñosa en realidad—. Prepare algo. Piense, imagine. Haga trabajar la cabeza. ¿No le da para más?

—*Hablaré el lunes.*

—Está bien. Hasta luego.

Ha suavizado el tono de la voz cuando pregunta por *Doña Mandrila*. Le he dicho que aparecerá en una semana. ¿Estará dándole largas a la entrevista, en tanto no publico *La Mandrila*? ¿Y si después no me la da? En este oficio hay que pensar mal también. Sólo quiero media hora, 15 minutos con ella.

Lunes 6 de mayo. Primera llamada del día. Que La Doña está ocupada. Que hable en una hora. Segunda llamada. Una voz de hombre me dice que sigue ocupada. Que hable después. Tercera llamada. Una voz femenina dice que va a ver si está.

—*Otra vez dando lata —digo.*

—No, no es lata porque no he estado. He estado en la biblioteca y hasta ahora estoy por acá. Estaba con unas gentes que...

No podía salir de ahí porque es un relajó..., porque era una cosa donde tenía que estar.

—*Por supuesto.*

—Y... perdón porque lo haya hecho llamar tantas veces —dice y advierto el acento irónico—. Pero fíjese que yo salgo a Nueva York, pienso, pasado mañana, miércoles. Tengo que... Tengo que ver mis cosas. No puedo mañana.

—*¿Y hoy? —me atrevo.*

Risas de La Doña.

—*Le robo una hora nada más —porfío.*

—No, pero si no es eso. En este momento estoy saliendo... Tengo unos asuntos que arreglar. Entonces me iré a Nueva York *posiblemente* pasado mañana, miércoles. Pero usted me llama. ¿Qué le cuesta?

—*Llamo pasado mañana.*

—Me llama pasado mañana, porque mañana no podría... Me llama pasado mañana, en la mañana. Le diré ya aquí... Ya le dirían si salí o no, y en ese caso me llama ocho días después.

—*¿Estará fuera una semana?*

—Una semana fuera. Seis días, ocho días.

—*Ajá, pues entonces le hablo pasado mañana.*

—Gracias, chao... Entonces *La Mandrila* ¿sale el próximo jueves?

—*Así es.*

—Chao entonces.

Miércoles 8 de mayo. Marco el número de La Doña. Contesta ella. Seguramente estaba dormida. Ha iniciado una respuesta agresiva que se va transformando poco a poco, suavizándose. Tiene unas personas en casa, informa. No le creo. Que le hable mañana jueves. Esto me está oliendo ya muy mal. Poco antes me la ha negado una voz femenina.

Jueves 9 de mayo. Marco el número. Contesta ella, irreconocible.

—No estoy trabajando ahorita —dice—. Pero tengo cosas que hacer.

—No pretendo entrevistarla —digo, sondeándola—. Se trataría de una plática.

—Nunca he tenido paciencia para soportar las entrevistas —explica—. Pareciera que la he tenido pero no. No valen para nada las entrevistas. Son de esas cosas que se escriben para que la gente llegue y las hojee, y yo no estoy para que me hojeen.

—Sería una plática informal, no una entrevista formal.

—Vamos a ver si para el fin de semana. He estado quitando la exposición de Antoine (Tzapoff). Montar y desmontar una exposición es un problema.

Éste puede ser el hilo de la madeja. Qué burro he sido.

—¿Por qué ha expuesto aquí su colección de pintura Tzapoff?

—No es que quiera esta ciudad —dice—. Quiero a sus habitantes. Siempre me han tratado muy bien. Por eso quise enseñarles lo que me gusta. La exposición tuvo un éxito enorme. Asistieron cada día un promedio de dos mil personas.

—¿Cuántas pinturas se exhibieron?

—Veintiséis. Había una pintura chica de una india seri. Antoine la mandó desde París como manda todas sus pinturas, envuelta, y se perdió. La mandó por avión. Debió mandarla certificada. Él me comentó que siempre las ha mandado así y que nunca se le había perdido nada... ¡Se la clavaron!

—En este país se pierden muchas cosas.

—Hace dos años me mandó la pintura de un indio creel, muy hermoso, muy bien ataviado. Yo vi a Antoine pintar en París a aquel indio. Cuando vino a México, lo primero que me preguntó fue: "¿Y tu regalo?" ¿Cuál? —dije yo. "El que te mandé..." Me fui a *la post* (el correo) de Polanco. No estaba. Fui luego al Correo Mayor (Central). Hicieron unas investigaciones tremendas y la encontraron. Estaba traspapelada. Pero la gente del Instituto Mexicano Norteamericano de Relaciones Culturales, que organizó la exposición, no buscó la pintura de la india seri.

—¿Pintará a otros indígenas mexicanos?

—¡Claro que le gustan! Va a hacer una exposición de indios seris, yaquis y tarahumaras, y de los apaches chiricahues. Antoine tiene mucha documentación. Conoce. Es etnólogo. No son

modelos de carne y hueso porque no ha ido a los lugares donde viven. Teníamos un gran deseo de ir esta vez pero no pudimos.

—¿Hubo ofertas de compra en la exposición?

—Él vive de eso. Pero mis cuadros no se venden. Que venda él. Su última exposición fue en Nueva York.

Vuelvo a la carga. Quiero una cita ¡ya!

—Yo estimo mucho a Pepe —dice—. Pepe Pagés Llergo y Regino Hernández Llergo son una raza de periodistas muy grandes.

—¿Podría verla mañana? —pregunto sintiéndome como en mis años de adolescente.

—Mañana es un día especial. Me voy a lavar el pelo, y cuando me lo lavo es para mí un día muy especial. Pero ¿de qué vamos a hablar?

—De lo que está haciendo María Félix —aventuro—. ¿A qué dedica su tiempo? ¿Adónde viaja? La gente quiere...

—Estoy viendo si hago una película —no le creo—. Hay una historia que me ha interesado.

—¿Cuál?

—Siempre estoy haciendo cosas... ¿Quién? —pregunta a alguien que está tocando la puerta—. ¡Pase! Hábleme mañana —se dirige a mí—. ¿Qué le cuesta? Siempre le contesto el teléfono.

—Le hablo mañana a esta hora.

—Más temprano. Hábleme de su trabajo. Hasta mañana.

Jueves 9 de mayo. Kojak toma el avión al D.F. Tiene amigos. Le recomiendan internarse en Nutrición. Ahí están los mejores médicos y hay “muchos aparatos”, le ha dicho un amigo que es amigo de un influyente de Salubridad.

Viernes 10 de mayo. La Doña no está en casa. Eso me han dicho. Podría ser. Yo tengo la culpa. No hablé temprano, como ella dijo. ¿Adónde irá La Doña en esta ciudad? ¿Qué sitios frecuenta de esta ciudad monstruosa que no quiere?

Viernes 10 de mayo, cinco de la tarde. Kojak entra en Nutrición. No pasa inadvertido. Le resplandece el cráneo recién afeitado.

“Mira... Kojak”, escucha que alguien susurra a sus espaldas. Saldrá desalentado de ahí. Uno de los médicos le ha sugerido que mejor se interne en el Hospital Humana. Que sabe que Kojak tiene mucho dinero. Que vaya allá.

Sábado 11 de mayo. Marco el teléfono de La Doña. Me contesta ella.

—No lo creo. Pensé que ya...

—*¿Cómo está?* —pregunto.

—Muy bien. Ya más descansada.

—*¿Y tendrá tiempo para que nos veamos?*

—La semana que entra.

—*¿Cuándo?*

—Todo es cuestión de que... *¿Bueno?* —pregunta.

—*¿Sí?*

—De que yo vaya y regrese.

—*¿Va a viajar siempre?*

—Sí, me voy. Me voy por la mañana.

—*Entonces, le hablaré... ¿en seis días?*

—Como en seis. Le aseguro que lo primero que haga en cuestión de todo esto será para usted. Se lo prometo.

—*Pues muchas gracias.*

—Y mi *Doña Mandrila* ¿cuándo sale?

—*Este jueves próximo, en el número 1665 de Siempre!*

—Muy bien. Yo pediré que me lo consigan aquí.

—*Y si no, pues yo le llevo un ejemplar* —tanteo el terreno.

—Y si no, usted me lo trae, ¿eh?

—*Claro.*

—Perfecto. Entonces usted me llama para la semana que entra.

—*Yo le llamo* —disimulo mi abatimiento.

—Hasta pronto. Chao.

—*Hasta luego.*

Viernes 17 de mayo. El director acepta que vaya armando la entrevista con los apuntes que he tomado en las charlas con

María Félix. Aunque podría recibirme de un día a otro. *Doña Mandrila* se publicó ayer. Ignoro por qué le llama así. En la foto, La Doña aparece detrás de un horroroso mandril, y se nota, es mandril, no mandrila. ¿Se llamará mandrila a ella misma, La Doña?

Hoy leo en una nota perdida que María Félix ha sido operada de una tibia. Sufrió una caída, parece, y se golpeó la cadera. ¿La tibia o la cadera? La nota no informa si fue aquí la operación o en Nueva York. Hace una semana que no le hablo. Estaba dándole tiempo a que regresara. Si debo creer todo lo que me dijo, La Doña fue operada allá.

Sábado 18 de mayo. Kojak aún tiene amigos. Lo han internado en el Centro Médico. Consiguió una habitación individual. Lo que es tener influencias. Le preguntan si podría aguardar unos minutos en la sala general mientras limpian su habitación. Pero estará horas, no minutos, en la sala. Un hombre gime a su derecha. Otro emite alaridos por quién sabe qué dolores atroces. Cuando un tipo muere, Kojak lía sus bártulos y sale caminando del Centro Médico. ¿Qué necesidad?

Lunes 27 de mayo. Una voz femenina contesta en casa de María Félix. La Doña no está. Pregunto si la han operado. La voz femenina dice que no sabe. Miente. Que La Doña está fuera (¿de la casa?, ¿del país?) y no sabe cuándo volverá.

¿Y ahora?

Lunes 27 de mayo, nueve de la noche. Kojak está cenando un platón doble de frutas. Ha hecho a un lado el requesón que acompaña las frutas. Yo aprovecho y me hago unos emparedados con el queso. "Bajé siete kilos", informa Kojak. Aún debe bajar otros 13 para estar en su peso normal. En torno al cuello de toro pende una navaja Gillette de oro con la que se afeita el cráneo. Pienso, y se lo digo, que está excedido 23 kilos, no 13. Le propongo la técnica del ayuno pero me manda a paseo. Cuenta que se internó por fin en el Humana. Ahí también tiene amigos. Disfrutó de un descuento de 30 por ciento. Chequeo

general y dieta para perder kilos. Nada grave tiene, excepto veintitantos kilos de sobra, y todo marcha al centavo en su cuerpo de gladiador de sumo.

Una noche, cuenta, mi amigo Kojak alias Manuel Rosas, salió a pasear por los pasillos del Humana. Iba en bata de enfermo, con sus pantuflas italianas y su Gillette de oro colgada al pescuezo. Paseando, paseando, llegó a una de las alas del hospital donde le llamaron la atención varios hombres apostados a lo largo del corredor. Estaban armados hasta los dientes y usaban *guokitokis*.

—¿Adónde? —preguntó uno, con cara de pocos amigos.

—Ni modo que a la fiesta —contestó Kojak e hizo una seña con su cráneo pelón de “mírenme cómo estoy vestido”.

Los guaruras no pudieron menos que sonreír.

—¿Quiénes están internados allá? —preguntó Kojak a una enfermera.

—La esposa de un líder petrolero —contestó la mujer—. Pero cerca está también María Félix. La operaron de la columna.

Juan Gabriel

—**Y**o he dicho todo lo contrario —dice Juan Gabriel (Parácuaro, Michoacán, 1950). Yo he dicho que pedía a las autoridades de migración de Estados Unidos que, así como me tratan de bien a mí, debieran tratar a los mexicanos que cruzan la frontera.

Juan Gabriel explica pero es una explicación lacónica sin que llegue a ser fría. Gélido había principiado el diálogo conmigo. Juan Gabriel ha tenido experiencias desagradables con ciertos periodistas. Se dice víctima. Se dice maltratado e injuriado y a cambio, sin que en apariencia llegue a ser una venganza, se niega en redondo a conceder entrevistas. Claro, hace excepciones. Tiene en buena estima a algunos periodistas. Menciona nombres. Todos expertos en asuntos del espectáculo. A ellos sí que los reconoce como a unos profesionales. El reportero COR, Leopoldo Meraz, por ejemplo; Raúl Vieyra y Guillermo Ochoa. Juan Gabriel habla con claridad. Sus frases son cálidas. Mira a los ojos pero hay esa seriedad que da la desconfianza en el interlocutor, en este caso, yo. Se queja:

—Llegó un periodista al ensayo que hacía en el sitio donde presento mi espectáculo. Se había colado. Se había hecho pasar por otra persona. “No concedo entrevistas”, le dije. “Por favor, estoy trabajando. No le voy a contestar nada.” Se lo dije del mejor modo posible. No estaba enojado. Me sentía mal porque estaba interrumpiendo el ensayo.

En el curso de una cena ofrecida a Lola Beltrán, que enseguida viajó a España a triunfar, Juan Gabriel forja sus frases y todo mundo ahí le pone atención y en silencio lo escucha

la prensa partidaria. Primero, porque no la hacen periodistas; y segundo, porque quieren seguir normas que no han dado resultado en ningún otro país, y como son normas de partido hay que seguirlas. Recuerdo que casi casi tuve que salirme del PC para poder hacer historietas porque había la idea de que la historieta era un medio capitalista de enajenación. No entendían que se podía usar contra el capitalismo. Es decir, la historieta estaba satanizada. En parte me salí por eso y en parte por la invasión a Checoslovaquia. Duré cinco años en el Partido Comunista. Y otra cosa, además del mal uso de los medios de difusión, han sido los métodos de trabajo de los partidos que no propician que la clase obrera o campesina se una a ellos. El lenguaje que utiliza la gente no lo entiende, y creo que hay que cambiarlo. Sobre todo viendo que hasta ahora ningún partido comunista ha hecho la revolución en ningún país de América Latina o del mundo occidental. Hacen la revolución los partidos que no son comunistas. En ninguno de los dos casos de Cuba y Nicaragua los partidos comunistas tuvieron que ver con la revolución.

Se da fe de su dicho, siendo las doce y media del día del veintitantos de julio de 1983.

PERSONAJE

El Quijote

Aquella escena me paralizó mientras caminaba por la acera poniente de la calle de Ignacio Vallarta. Había caído un chubasco y brillaba el asfalto. Manos en jarras, piernas abiertas, cabeza echada hacia atrás, cogote estirado al máximo, un hombre de figura estrafalaria y de complexión recia estaba a media calle escrutando el frontispicio de la Central de Trabajadores de México, la CTM. ¿Contaba los pisos?, me pregunté. ¿Buscaba algún espectro del desaparecido Teatro del Músico? ¿A un líder obrero? Por deformación profesional eché un vistazo rápido al reloj. Eran las dos quince de la mañana. Salvo nosotros dos y unos cuantos coches estacionados no había otra alma en la calle. Yo estaba a la puerta de la cafetería Monique y me negaba a creer lo que estaba viendo, pero sin duda era él. No creo en reencarnaciones ni en fantasmas, y no probaba gota de alcohol hacía 15 noches. Sí tenía su lanza y su rodela, sí estaba enfundado en su coselete y tenía el yelmo bajo el brazo y envainada la espada, y sí era junio, no febrero, por lo de los bailes de disfraces, era él. No podía ser otro más que el famoso Don Quijote de la Mancha.

Llamaba su atención un ventanal luminoso en el último piso de la mole de cemento, color chocolate a la luz del día. ¿Estaba el líder obrero, Fidel Velázquez, trabajando, maquinando algún tronante boletín de prensa, de esos que sólo torcían la atención pública? En mi caso yo andaba por ahí para observar durante 24 horas el movimiento de la calle de una sola cuadra.

—Ahí tiene un reportaje para el número aniversario —me dijo el director de *Siempre!*, José Pagés Llergo—. Como usted ni piensa, yo se lo sugiero.

Adviértase que no dijo *buen* reportaje, sino reportaje a secas.

Pascual, escudero del director y único hombre que conoce de memoria el archivo de la revista, sonrió chueco y me dijo que Alberto Domingo había escrito un reportaje inmejorable en 1957, para el cuarto aniversario, y que le dieron cuatro planas. La revista estaba entonces en la calle de Ezequiel Montes 68, en un edificio en ruinas. El dato me desalentó, pero también me pregunté: ¿Quién iba a recordar el asunto veintitantos años después?, y ¿no es éste un país desmemoriado como se dice? Incluso los expertos afirman que una noticia vuelve a ser noticia tres meses después. Dispuse de inmediato mi plan de trabajo para no perder tiempo. Si jamás hallaría el sitio donde estaban las manos del Che Guevara, si no visitaría la tumba de Salvador Allende, si no reporté la segunda guerra mundial ni cubrí la campaña de un candidato presidencial, del triunfador, claro, bien podía reportear una calle. Pensé en hablar con el barrendero, don Manuel Becerril; con el dueño de los abarrotes La Latino, don Manuel Oria, y con el gerente de la taquería sin nombre, don Roberto Cervantes, de donde recomiendo los cuernos con café.

Pensé en hablar con la mujer vigilante de pantalones ajustados y de chaquetín y cachucha celestes que entre comadreo y comadreo, silbatazos y mentadas, cuida que nadie estacione su coche ante una de las sucursales del ISSSTE, la de Vallarta 16, junto al castillo de *Siempre!* Por supuesto entrevistaría a Fidel Velázquez para preguntarle por qué se robó media calle de Vallarta, donde está la explanada de su Central. Desempolvaría la grabadora. Tenía tiempo de no usarla. Iba a servirme para captar con fidelidad la jerigonza del barrendero y del taquero, y los silbatazos y mentadas de la agente. La jornada sería de las dos de la tarde a dos de la madrugada. Eso craneé y supuse que ejecutaría, pero el plan se vino abajo. ¡Había encontrado algo magistral! Era la gran oportunidad de mi vida, y que los

ortodoxos me disculpen el uso de la primera persona, prohibido a los reporteros. Hace años hervía en deseos de entrevistar a Franco, a Chaplin y al Che Guevara. A Hitler no, porque nació cuando él mantenía ya el ataque y asedio a Leningrado.

Incluso alguien me tomó el pelo asegurando que tramitaría una entrevista con Fidel Castro para que la hiciera yo. Temblosamente, esa madrugada de junio del 83, acomodé la grabadora en mis manos y comprobé que la cinta magnetofónica estuviera en el arranque. Soplé al micrófono y la aguja se agitó de modo violento. ¿Cómo le llamaré?, me dije: ¿Señor Quijote? ¿Don Quijote? ¿Estaba perdiendo el tiempo en minucias!

—*Don Quijote, buenas noches, o madrugadas.*

Giró de inmediato. Ladeó la cabeza disponiéndose a examinarme. Al verme ahí, tieso por la emoción, hizo un meneo relampagueante con la mano que empuñaba la lanza. ¿Qué se había quitado? ¿La visera del yelmo? No, lo tenía bajo el brazo izquierdo. ¿Un antifaz? Soltó la lanza, se despojó de algo y luego volvió a empuñar la lanza en un parpadeo.

¿Qué le pregunto?, pensé. ¿Sobre el estado del tiempo? ¿Por Rocinante? ¿Lo habrá llevado Sancho al estacionamiento del Vips? Nunca he usado cuestionario para mis entrevistas, ni mental ni por escrito. Nunca he esperado obtener a fuerza tal o cual declaración. Si había hecho miles, entonces ¿por qué me temblaban las corvas y las manos? Desde Estelí, Nicaragua, en septiembre de 1979, en un bombardeo aéreo, no había sentido ese temblor. Lamenté no haber releído *Don Quijote* desde hacía unos 10 años. Puedes llegar a una entrevista sin cuestionario, pero no sin documentarte. Casi me atrevo a decir que el hombre seco de carnes empezaba a engordar aunque no de modo alarmante. Pero ¿por qué me extrañaba si habían transcurrido 438 años desde su nacimiento?

Vi unos pómulos salientes, la quijada angulosa, las manos huesudas. Sonrió melancólico cuando le sonreí. Le faltaban un incisivo y unas muelas. Encendí la grabadora.

—*Noto que ha subido de peso —dije, excitado.*

—¿Pero qué dice! Don Quijote ¿enmondongado?

Ya estuvo, pensé. Todo depende de cómo te responden la primera pregunta.

—¿Qué hace usted en México?

Don Quijote cerró los ojos apretando los párpados. Supuse que era un mareo. ¿A causa de la altura?, ¿de la contaminación? Lo sujeté por un brazo. Sentí la dureza metálica de su atavío. Sonrió de nuevo antes de abrir los ojos.

—¿Se siente bien? ¿Quiere que caminemos?

No respondió, pero dejó guiarse. Aún recuerdo el ruido que hacían sus esarpes sobre el asfalto húmedo. De pronto un coche apareció rechinando por el norte. Don Quijote se sobresaltó. Hice que subiera a la explanada, esa que antes era parte de la calle. El espacio entre la explanada y la otra banqueta es estrecho. Es decir, podían arrollarnos. “Don Quijote y un reportero, atropellados y muertos”, sería el titular de los diarios. Una muerte ridícula para los dos. Avanzamos hacia el sur. Don Quijote se volvió inquieto varias veces. El coche, un vw, disminuyó la marcha al pasar cerca de nosotros. El conductor estiró hacia fuera de la ventanilla su rostro ebrio y brillante por el sudor. Sonreía como un cretino. Antes de que el coche prosiguiera lanzando centellas y volutas de humo negro, el tipo gritó:

—¡Pinches payasos!

—¿Qué fue eso? —preguntó Don Quijote—. ¿Qué dijo?

—No tema. Son unos borrachos burlones.

—¿Temer yo? El miedo hace que ni veas ni oyas a derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son, y si tú temes, retírate a una parte y déjame solo.

—Yo no le temo a esos cobardes borrachos burlones.

—Mal cristiano eres porque nunca olvidas la injuria que te han hecho. Sábetete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías.

Me felicité por haber traído la grabadora. Estaba recogiendo sus palabras. Nadie iba a creerme. Pero qué tal cuando la encendiera.

—¿Qué pie sacaste cojo? —preguntó Don Quijote—. ¿Qué

costilla quebrada, qué cabeza rota para que no olvides la burla? Que, bien apurada la cosa, burla fue y pasatiempo; que a no entenderle yo así, ya yo hubiera hecho en nuestra vergüenza más daño que el que hicieron los griegos por la robada de Elena.

—*¿Es usted cristiano? ¿Cree usted en Dios, Don Quijote?*

—Dios es proveedor de todas las cosas. No nos ha de faltar, y más andando tan a su servicio como ando. No falta a los mosquitos el aire, ni a los gusanillos la tierra, ni a los renacuajos el agua, y es tan piadoso que hace salir el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos.

—*¿También cree en la Iglesia?*

—La respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy.

—*No me diga que también cree en los santos.*

—Algunos santos profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas. La diferencia que hay con ellos es que fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano.

Llegamos al número 20 de Vallarta. Lo invité a que nos sentáramos en el bordillo de la acera. Se le veía cansado, ¿a causa de la edad?

—*Pero, dígame ¿qué está haciendo en México?*

—Me pareció conveniente y necesario, así para el aumento de mi honra como para el servicio de la república, hacerme caballero andante.

—*Lo sabemos, lo sabemos.*

—E irme por todo el mundo con mis armas a buscar las aventuras y a ejercitarme en todo aquello que he leído que los caballeros andantes se ejercitan deshaciendo todo género de agravios, y poniéndome en ocasiones en peligro donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

—*Aquí el problema es la crisis económica y si usted pudiera...*

—No es posible que el mal ni el bien sean durables —me interrumpió— y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien esté ya cerca.

—*En cuanto a cobrar fama, Don Quijote, ¿qué tanto le interesa?*

—No demasiado. La cual fama, por mucho que dure, se ha

de acabar por el mismo mundo, que tiene su fin señalado. Así que nuestras obras no rebasarán el límite puesto por la religión cristiana que profesamos.

—*Es decir, ¿con el fin del mundo se acabará Don Quijote?*

De nuevo oímos chirridos de llantas. Los faros del coche lanzaron sendos conos de luz que hendieron el aire fresco y húmedo del alba. Don Quijote enmudeció y yo empecé a inquietarme. Si eran de nuevo los borrachines, iban a interrumpir la entrevista. No había tenido oportunidad de sacarle la nota al Caballero de la Triste Figura. Ya imaginaba los reparos del director, si es que la leía. "¿Tuvo al Quijote a la mano y sólo consiguió estas respuestas?", me preguntaría escandalizado.

El vw frenó de repente. El ebrio volvió a asomar su faz cretina. Vi que otros viajaban con él, también borrachos. Sería el colmo que no pudiera entrevistar a gusto a Don Quijote, me dije, por culpa de un piquete de gañanes engasados como decimos en el Soconusco.

—¿Dónde fue el baile de máscaras, abuelito? —preguntó el ebrio.

—*¡Lárguense!* —grité yo—. *¡Váyanse al!...*

Don Quijote se paró, se acomodó el yelmo y agitó rodela y lanza.

—Deteneos, caballeros, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que con ustedes lleváis.

—¡Esto! —gritó el borracho y arrojó sobre Don Quijote una catarata de botes de cerveza vacíos, secundado por sus compinches.

—Según las muestras, o vosotros habéis fecho o vos han hecho algún desaguizado —continuó Don Quijote, protegiéndose la cara con la rodela—, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que ficistes, o bien para...

El beodo al volante soltó una trompetilla vulgar y chisporroteante.

—Deteneos y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado. Si no, conmigo sois todos en batalla.

Don Quijote estaba enfurecido y sin esperar más, enristrando

su lanza, arremetió contra el coche, cuyo chofer sumió el acelerador partiendo a todo trapo entre carcajadas y trompetillas de sus secuaces.

—*¡Calma! ¡Calma! —sugerí—. Venga, siéntese. No haga caso, Don Quijote. Se trata de una pandilla inofensiva de borrachines.*

—Yo soy un Caballero de la Mancha y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—*Sí, sí, pero siéntese. Siéntese, por favor.*

Yo estaba perdiendo el tiempo. Don Quijote podía esfumarse en cualquier instante sin que yo terminara la entrevista. Podían llegar Sancho y su asno, con Rocinante, e irse de la ciudad o morir en un eje vial.

—*Por cierto, ¿qué me cuenta de Sancho?*

Don Quijote volvió a cerrar los ojos y a apretar los párpados. Ya estaba sentado, ya se había quitado de nuevo el yelmo, que sostenía bajo el brazo izquierdo, y se aferraba a la lanza cual bastón descomunal. La acera tenía unos ocho centímetros de alto y las rodillas nos quedaban a la altura de los ojos. Miré el reloj. Eran dos cuarenta y cinco. Me había cuidado de no desconectar la grabadora. Tenía grabadas sus palabras, los gritos del bolo y el estrépito de los botes rodando por el asfalto.

—*¿Qué opina del PSOE? ¿Qué piensa del rey Juan Carlos? ¿Cree usted que don Miguel de Cervantes Saavedra, el sabio que escribió su historia, hubiera ganado el Nobel de haberla escrito en este siglo?*

Parecía abatido por el peso de un malestar físico o mental. Estaba ahí tronchado, brazos puestos sobre las rodillas huesudas y quijada angulosa sobre esos mismos brazos. De súbito se irguió al oír otra vez el ruido de un motor. Pero no era uno, eran muchos, ¡era un convoy! Maldije a las últimas tres generaciones de los borrachines que osaban... Habían ido por refuerzos. Así que pensé en llevarme a Don Quijote al Vips o a Sanborns abiertos a esa hora. Le iba a sentar bien un café o cualquier platillo qué yantar. Me erguí para ver aquella caravana, pero no venía el vw. Eran automóviles blindados y de cristales oscuros que salían uno tras otro del estacionamiento de la CTM. ¿Eran

Fidel Velázquez y sus guaruras? Se aproximaban a vuelta de rueda dirigiéndose a la calle de Antonio Caso. Don Quijote levantó la vista y contempló aquel espectáculo exótico para él, sin duda. Se puso de pie y sacó algo de entre sus ropas antes de encasquetarse el yelmo. Eran unas gafas graduadas.

Lo que se había quitado con tanta rapidez cuando nos encontramos eran unas gafas de vidrio grueso. Estaba tan cegatón como un intelectual que se hubiera quemado las pestañas releyendo cada año *Don Quijote*. Se encajó las gafas y luego el yelmo. Se afianzó el escudo y la lanza.

—¡Oh, no! —exclamé—. No, Don Quijote. Olvídese de esos coches. Son otros. No son los borrachos. Estos son capaces de...

Pero ya estaba parado a media calle y tras emitir una parrafada incomprensible arremetió contra el primero de los coches blindados de cristales oscuros y repletos de guaruras. Fue una ráfaga. Sólo escuché una y vi cómo Don Quijote se tambaleó, trastabillante. Luego se volvió en redondo, tiró el yelmo y se le cayeron las gafas, mientras las portezuelas de los coches se abrían con violencia, y un ejército de guaruras empuñando toda clase de armas y explosivos descendió y corrió hacia nosotros. Lo primero que hice fue deslizar la grabadora bajo un coche estacionado. Luego oí un disparo seco antes de perder el conocimiento. Debió de haber sido el remate para Don Quijote.

Cuando recobré el sentido, don Manuel Becerril estaba recogiendo los últimos botes de cerveza vacíos y los iba apilando dentro de su carro de basura de color naranja. Yo sentía un fuerte dolor en el tronco del cacho. Don Manuel me despertó a escobazos advirtiéndome que debía largarme de ahí cuanto antes. El director de *Siempre!* llegaría en cualquier instante, y le desagradaba toparse con borrachos durmiendo la mona en la banqueta.

Embravecido dijo que había contado 1567 botes de cerveza y que la cruda me duraría un número de horas semejante. Pregunté aturdido por Don Quijote pero el barrendero meneó la cabeza y continuó su tarea de recolección caminando rumbo a Antonio Caso. Recuperé mi grabadora y erré buscando señales,

huellas, sangre de Don Quijote. Los guaruras habían limpiado el asfalto, seguro, y si desperté rodeado de los botes de cerveza nadie me creería. El crimen perfecto. Me sobé la nuca, retrocedí la cinta de la grabadora y escuché: "...Caballero de la Mancha y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo..." Deprimido, desalentado, peor que cuando murieron Ernest Hemingway, James Dean, Henry Miller o Pedrito Infante, remonté Vallarta, di vuelta en la plaza del monumento a la Revolución, llegué a Juárez, caminé por Rosales y bajé las escaleras del Metro en la estación Hidalgo. Oficinistas y obreros se entrecruzaban por los pasillos en dirección a cualesquiera de las tres líneas.

Me dirigí a la número tres. El aire fresco que precede a la llegada del convoy me animó. Pero quería un baño, un café y dormir. Apreté la grabadora contra mi pecho. El convoy se detuvo y se abrieron las puertas, ¡y que veo a Don Quijote bajando en esa misma estación! Llevaba un traje azul y corbata gris con diagonales rojas. Él también me vio a través de sus anteojos graduados y me sonrió, melancólico, mostrándome la prótesis de su dentadura deslumbrante y completa. Se llevó un dedo a los labios marchitos y me guiñó un ojo. Sostenía un portafolios que balanceaba al ritmo de sus pasos aún vigorosos y elásticos.

Fidel Velázquez y sus guaruras? Se aproximaban a vuelta de rueda dirigiéndose a la calle de Antonio Caso. Don Quijote levantó la vista y contempló aquel espectáculo exótico para él, sin duda. Se puso de pie y sacó algo de entre sus ropas antes de encasquetarse el yelmo. Eran unas gafas graduadas.

Lo que se había quitado con tanta rapidez cuando nos encontramos eran unas gafas de vidrio grueso. Estaba tan cegatón como un intelectual que se hubiera quemado las pestañas releyendo cada año *Don Quijote*. Se encajó las gafas y luego el yelmo. Se afianzó el escudo y la lanza.

—¡Oh, no! —exclamé—. No, Don Quijote. Olvídese de esos coches. Son otros. No son los borrachos. Estos son capaces de...

Pero ya estaba parado a media calle y tras emitir una parrufada incomprensible arremetió contra el primero de los coches blindados de cristales oscuros y repletos de guaruras. Fue una ráfaga. Sólo escuché una y vi cómo Don Quijote se tambaleó, trastabillante. Luego se volvió en redondo, tiró el yelmo y se le cayeron las gafas, mientras las portezuelas de los coches se abrían con violencia, y un ejército de guaruras empuñando toda clase de armas y explosivos descendió y corrió hacia nosotros. Lo primero que hice fue deslizar la grabadora bajo un coche estacionado. Luego oí un disparo seco antes de perder el conocimiento. Debió de haber sido el remate para Don Quijote.

Cuando recobré el sentido, don Manuel Becerril estaba recogiendo los últimos botes de cerveza vacíos y los iba apilando dentro de su carro de basura de color naranja. Yo sentía un fuerte dolor en el tronco del cacho. Don Manuel me despertó a escobazos advirtiéndome que debía largarme de ahí cuanto antes. El director de *Siempre!* llegaría en cualquier instante, y le desagradaba toparse con borrachos durmiendo la mona en la banqueta.

Embravecido dijo que había contado 1567 botes de cerveza y que la cruda me duraría un número de horas semejante. Pregunté aturdido por Don Quijote pero el barrendero meneó la cabeza y continuó su tarea de recolección caminando rumbo a Antonio Caso. Recuperé mi grabadora y erré buscando señales,

huellas, sangre de Don Quijote. Los guaruras habían limpiado el asfalto, seguro, y si desperté rodeado de los botes de cerveza nadie me creería. El crimen perfecto. Me sobé la nuca, retrocedí la cinta de la grabadora y escuché: "...Caballero de la Mancha y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo..." Deprimido, desalentado, peor que cuando murieron Ernest Hemingway, James Dean, Henry Miller o Pedrito Infante, remonté Vallarta, di vuelta en la plaza del monumento a la Revolución, llegué a Juárez, caminé por Rosales y bajé las escaleras del Metro en la estación Hidalgo. Oficinistas y obreros se entrecruzaban por los pasillos en dirección a cualesquiera de las tres líneas.

Me dirigí a la número tres. El aire fresco que precede a la llegada del convoy me animó. Pero quería un baño, un café y dormir. Apreté la grabadora contra mi pecho. El convoy se detuvo y se abrieron las puertas, ¡y que veo a Don Quijote bajando en esa misma estación! Llevaba un traje azul y corbata gris con diagonales rojas. Él también me vio a través de sus anteojos graduados y me sonrió, melancólico, mostrándome la prótesis de su dentadura deslumbrante y completa. Se llevó un dedo a los labios marchitos y me guiñó un ojo. Sostenía un portafolios que balanceaba al ritmo de sus pasos aún vigorosos y elásticos.

La entrevista es un género periodístico subyacente en los demás géneros y que resulta fuente de información directa con el interrogatorio cara a cara. De su dominio depende la construcción del mosaico de la historia. Así, obra y vida de los protagonistas del México actual logran verse en perspectiva con sus declaraciones de valor informativo. También son de primera mano los datos acerca de vocaciones, dominio del oficio y vida personal.

Las entrevistas de Marco Aurelio Carballo para *Excélsior* y *Siempre!*, de los años setenta a los noventa del siglo xx, van desde el diálogo rápido a la conversación amplia, y también se trata de un muestrario de técnica reporteril que privilegia la información.

En esta obra figuran escritores como: María Luisa —La China— Mendoza, Juan Rulfo, Jorge Ibarguengoitia, Luis Spota, Julio Cortázar, Jaime Sabines y Gabriel García Márquez; Lola Beltrán, Juan Orol, Silverio Pérez y Juan Gabriel, los artistas; Rufino Tamayo y José Luis Cuevas, los pintores; Rodolfo Halffter, el músico, y Pepe Alameda, Coccioli, Freyre, Nikito Nipongo y Rius, los periodistas.

El final es un diálogo con El Quijote, inspirador y símbolo del semanario *Siempre!*, en cuyas páginas se publicaron la mayoría de las entrevistas.

ISBN: 978-607-455-513-4



9 786074 555134



CONACULTA

